



LEONARTE

PERSPECTIVAS

| José Miguel Sánchez Muñoz

Regenerar España: un compromiso de todos

En la estela de aquel espíritu que representaron pensadores como Joaquín Costa, Lucas Mallada o Ricardo Macías Picavea, hoy se hace necesaria una regeneración que permita a nuestro país asumir los desafíos que tiene por delante. No es una cuestión de ideologías ni de partidos políticos, sino de objetivos compartidos

Hay momentos en la historia de las naciones en los que el silencio deja de ser una opción. Momentos en los que mirar hacia otro lado equivale a aceptar la decadencia como un destino inevitable. España ha conocido esas encrucijadas y siempre ha salido adelante cuando una generación de ciudadanos decidió asumir su responsabilidad. Hoy volvemos a encontrarnos ante uno de esos momentos.

No es la primera vez. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, la pérdida de las últimas colonias provocó una profunda crisis de identidad nacional. El pesimismo se instaló en la sociedad española y muchos llegaron a pensar que el país había entrado en un declive irreversible. Frente a la resignación surgió una generación de intelectuales y reformistas que entendió que la única respuesta posible era regenerar España desde sus cimientos políticos, económicos, educativos y sociales. Así nació nuestro primer regeneracionismo.

Joaquín Costa, Lucas Mallada, Ricardo

Macías Picavea y otros muchos pensadores tuvieron el coraje de denunciar los males estructurales del país y de proponer reformas profundas. Comprendieron que el conformismo nunca ha cambiado la historia de una nación y que solo la combinación de conocimiento, esfuerzo y voluntad política podía devolver a España la confianza en sí misma.

Más de un siglo después, nuestro país vuelve a afrontar desafíos de enorme magnitud. La creciente polarización política, el deterioro del debate público, la desconfianza hacia las instituciones, la baja productividad, las dificultades de los jóvenes para acceder a una vivienda, el envejecimiento demográfico, la revolución tecnológica y un contexto internacional extraordinariamente complejo exigen una reflexión serena y, sobre todo, una voluntad compartida de actuar.

No podemos permanecer en silencio. Porque, en momentos decisivos, el silencio deja de ser neutral y corre el riesgo de convertirse en una forma de complicidad con la resignación. Una democra-

cia necesita ciudadanos comprometidos, capaces de discrepar con respeto, de escuchar al que piensa distinto y de anteponer el interés general a la confrontación permanente.

La regeneración que España necesita no pertenece a una ideología ni puede convertirse en patrimonio exclusivo de un partido político. Debe ser un proyecto nacional compartido que convoque a todos: responsables públicos, empresarios, trabajadores, profesores, investigadores, periodistas, estudiantes y al conjunto de la sociedad civil. No importan las ideas, las creencias o las preferencias políticas; importa compartir un objetivo común: regenerar nuestro país, fortalecer nuestras instituciones, mejorar la calidad de nuestra democracia, impulsar una economía más innovadora y competitiva, recuperar una educación de excelencia y reforzar el papel de España en Europa y en el mundo.

Las grandes transformaciones nacionales nunca son obra exclusiva de los gobiernos. Nacen cuando la sociedad civil decide implicarse y asumir que el futuro no está escrito. España ha demostrado a lo largo de su historia una extraordinaria capacidad para superar las dificultades cuando ha sabido unir talento, esfuerzo, responsabilidad y sentido de Estado.

No se trata de idealizar el pasado ni de reproducir las recetas del regeneracionismo histórico. Cada tiempo exige respuestas nuevas. Pero sí conviene recuperar aquel espíritu inconformista que im-

pulsó a una generación de españoles a pensar el país con ambición y a proponer reformas en lugar de resignarse al declive.

Nuestros hijos y nuestros nietos no nos preguntarán qué partido votábamos ni qué ideología defendíamos. Nos preguntarán qué hicimos cuando España necesitaba recuperar la confianza en sí misma. Miguel de Unamuno escribió: «Solo el que sabe es libre, y más libre el que más sabe.» La regeneración de una nación comienza siempre por ciudadanos libres, críticos y bien formados. San Ignacio de Loyola dejó una enseñanza que trasciende épocas y credos: «En tiempos de desolación, no hacer mudanza.» Es decir, los pueblos no avanzan si se dejan arrastrar por el desánimo ni si renuncian a actuar precisamente cuando más necesaria es la responsabilidad colectiva.

Precisamente por ello, resulta difícil comprender el silencio de una parte significativa de nuestro mundo intelectual. En otras etapas decisivas de nuestra historia, hombres como Joaquín Costa, Miguel de Unamuno, Lucas Mallada o Ricardo Macías Picavea asumieron el riesgo de intervenir en el debate público porque entendían que el conocimiento genera también una responsabilidad cívica.

Hoy España necesita nuevamente esa voz serena, libre e independiente. No para respaldar a unos u otros, sino para elevar la calidad del debate público, señalar los grandes desafíos nacionales y contribuir a construir un horizonte compartido. Porque las naciones no se regeneran solas. Se regeneran cuando sus ciudadanos –y, de manera muy especial, quienes tienen el privilegio del conocimiento y de la palabra– deciden comprometerse con el futuro de su país. La historia juzga a cada generación por el país que fue capaz de legar a la siguiente. Ha llegado la hora de que la nuestra esté a la altura de ese desafío.

José Miguel Sánchez Muñoz es director general de la Cámara de Comercio de Zaragoza

«No podemos permanecer en silencio. Porque, en momentos decisivos, el silencio deja de ser neutral y corre el riesgo de convertirse en una forma de complicidad con la resignación»